



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 36.

JUEVES 3 DE NOVIEMBRE DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo dia.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

EL DIA DE DIFUNTOS, por Augusto Jerez Perchet.—ORIGEN DEL BESAMANOS, por Hernando.—LA FRANQUEZA: romance, por Pedro F. Reymundo.—VIAJE DE AMDEIXDEF Á LAS REGIONES SUBMARINAS. (Continuacion).—EL JUDIO ERRANTE, por Ramon de Satorres.—ELLOS Y ELLAS: (juegos de azar): poesia, por Aureliano Ruiz.—LA PLATEA DEL VIZCONDE: (episodio de un carnaval), por Aureliano Ruiz.—EL PADRE BENITO FEIJÓO Y MONTENEGRO, por M. S.—REVISTA DE OCTUBRE, por Roberto el Diablo.—ADVERTENCIA.

EL DIA DE DIFUNTOS.

Hay una página en la historia del corazon escrita con sangre.

Hay un dia en la primavera que cubre su faz con nubes.

Hay un arroyo trasparente que ve turbarse su cristal purísimo.

Hay un dia en la vida del cristianismo que recuerda el dolor, y turba la paz del alma, y cubre de nubes la frente tranquila.

Ese dia es el de Difuntos.

El pueblo entero llora, porque ¿quién no ha perdido á un padre, á una esposa, á un hijo, á un hermano?

Y como si la Iglesia quisiera hacer público el dolor del hombre, y hermanar las oraciones y el llanto, ha señalado un dia que es como la nube de la primavera ó la página sangrienta del corazon, la tregua al bullicio del mundo, la antitesis del delirio de todo el año.

Pero en la marcha luminosa de los siglos las costumbres se modifican, y el dia de Difuntos quizá no evoca hoy los recuerdos de ayer. ¿Será que el dolor deba proscribirse? No lo creemos. Y sin embargo la fiesta que siempre ha sido objeto de respeto y de amargura, hoy es motivo de alegría, de animacion, de.... no lo queremos decir.

¿Quién sabe si al leer estas líneas se tapará la cara de vergüenza algun anciano que des-

conoció en sus tiempos las costumbres de ahora? ¡Ay! nosotros somos muy jóvenes, pero sentimos que la sangre se agolpa á las mejillas cuando establecemos algunas comparaciones entre *ayer y hoy*. No nos importa arrancar una sonrisa de desprecio al pollo que nos escuche ó á la dama que se burla de las rancias costumbres de sus abuelos.... ¡adelante! ¡adelante!

Madrid vestido de luto se dirige á los Campos-Santos.

Una inmensa multitud examina las fúnebres losas de los sepulcros. A tal exámen, creeria algun *antiguo viejo* que las lágrimas iban á correr en abundancia ¡Es tan triste la imagen de la muerte! ¿No oprime al corazon el horrible contraste de la vida y la muerte separadas por un paso? Los gritos de la poblacion que rie y corre, sus cantos y sus lamentos, van á perderse en el recinto del reposo, y como si respetasen su silencio, callan tambien y no llevan mas allá su animado acento.

La vista vaga en las inscripciones de *los que fueron*; unas sencillas y modestas, como la vida del que las lleva; otras adornadas con algunas estrofas sentidas; otras, en fin, ostentando por última vez en sus pomposos títulos la vanidad mundana que traspasa el límite de la eterna vida.

¡Cuántos nombres! ¡Cuánta grandeza! Pero todos igualados en la balanza de la muerte: vírgenes tiernas, jóvenes llenos de esperanza, flores marchitas en el albor de su primavera.

Sin embargo, ni una lágrima vereis rodar entre la concurrencia que pasea las calles de la ciudad muerta. En cambio, escuchareis amores, intrigas, todas las miserias del mundo, en el dintel de la eternidad.

El dia de Difuntos ha perdido su grave fisonomía (á lo menos en Madrid). El mal llamado *progreso* que todo lo invade, ha penetrado en el mismo corazon, arrancándole sus mas santas creencias, sus mas nobles hábitos.

Triste es decirlo; Madrid celebra el dia de Difuntos como una *romería*.

El dolor avergonzado se retira al fondo del hogar. La máscara de la alegría, lo sustituye en público.

¿Hemos ganado en el cambio?

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

ORÍGEN DEL BESAMANOS.

Antiquísima es la costumbre del *Besamanos*, acto público por el cual se muestra sumision y respeto á los reyes y príncipes, y su origen viene sin duda del Oriente, cada uno de cuyos pueblos lo practicaba á su manera.

Los hebreos lo hacian postrándose á los pies del príncipe unas veces, arrodillándose otras no mas, é inclinando siempre la cabeza á un mismo tiempo.

Ciro introdujo entre los persas la costumbre de arrodillarse y postrarse á los pies del monarca, hiriendo al mismo tiempo la tierra con la frente y besándola; homenaje por cierto altamente depresivo que el ateniense Conon, y el filósofo Calístenes rehusaron prestar, el uno á Artajerjes y el otro á Alejandro el Grande, como un acto que degrada la especie humana cuando no va dirigido á la Divinidad.

Los griegos y romanos tributaban á sus reyes y emperadores un homenaje especial: arrodillábanse á los pies del príncipe, y despues de haber tocado ligeramente con la mano su traje de púrpura, la retiraban y acercaban á la boca.

De la accion de llevar la mano á la boca, y de besarla luego se formó la palabra adoracion á Dios, y con esta accion se ha acostumbrado á espresar de tiempo inmemorial la veneracion ó respeto hácia alguna cosa ó persona, uso que todavia es general en Oriente, y que entre nosotros es muy comun. Nuestra atenta frase «Beso á usted la mano,» acompañada de la accion de saludar acercando y retirando alter-

nativamente la mano de la boca, no tienen otro origen que éste.

Por esto, adorar, en lenguaje oriental, equivale muchas veces no mas que á venerar, respetar y saludar, y las señales exteriores de respeto varían segun el objeto á que se dirigen, é intencion y carácter de los que los hacen.

Los romanos besaban su mano propia, y la estendian luego hácia las estatuas de sus divinidades, de los emperadores, y de aquellas otras personas que querian honrar, y lo mismo hacian al pasar por delante de sus templos, y hasta de los palacios ó residencia de sus soberanos: acto que se expresaba con frases enteramente pomposas y de sumision hácia ellos.

Los cantores, los pantomimos, los actores, etcétera, al presentarse en la escena saludaban al pueblo de esta manera, doblando á un mismo tiempo la rodilla izquierda al inclinarse.

El acto de besar la mano al príncipe, considerado como un favor real, estuvo tambien en uso muy antiguo en la corte de los sultanes; uso que se interrumpió con motivo de la muerte que dió á Amurates I un soldado servio, quien bajo pretexto de besarle la mano al emperador, se acercó á él y le asesinó inhumanamente.

Desde entonces cesó casi por completo aquella costumbre, y en lugar de besar la mano del gran señor, se besaba una larga manga de un traje especial de S. A. R., no permitiéndose que nadie se acercara á hablarle, ni aun los embajadores de las potencias amigas. Estos lo hacian por conducto del gran visir, primer ministro, cuya costumbre ha ido variando desde que volvió el sultan á hablar directamente á los diplomáticos en tiempos del embajador francés Mr. Vergennes. En Rusia el besamanos de palacio está solo reservado á la emperatriz, y aun en pocos y solemnes dias, como por ejemplo el primero del año.

En este pais, lo mismo que en algunos puntos de Italia, al encontrarse con una señora conocida, la etiqueta exige que se la tome de la mano con respeto y se la bese, á cuya atencion solian corresponder en otro tiempo con una pequeña inclinacion y un beso en el carrillo, ó á lo menos un ademan de darlo.

El besamanos en estilo feudal indicaba un homenaje del vasallo á su señor. Al prestar aquel pleito-homenaje, prometia sujecion á su señor, al que juraba obediencia, y del que se reconocia dependiente. Como una prueba de esta sujecion ó vasallaje, el súbdito estaba obligado á besar la mano de su señor, *osculum fidelitatis*; pero á las mujeres se las permitia besar en el rostro.

Si el señor se hallaba ausente en el acto en que debia prestarse el homenaje, la ceremonia se practicaba en el umbral de la puerta del castillo, y el beso se daba en este caso á la aldaba de la puerta, de todo lo cual se levantaba el correspondiente testimonio.

La partida 4.^a, título 25, ley 4.^a, dice así:

«Vasallo se puede facer un hombre de otro segund la antigua costumbre de España, otorgándose por vasallo, é besandol la mano por reconocimiento de señorío.»

Por la ley siguiente estaba tambien prevenido que «á rey tambien ricos hombres como los otros de su señorío son temidos de besar la mano.»

La 19, del título 13, partida 2.^a habia dicho antes: «Sepultado que sea el rey, deben los principales personajes del reino venir al rey nuevo ó sucesor besándole el pie ó la mano en conocimiento de señorío, y haciendo otra humanidad segun costumbre de la tierra.»

En la citada ley 5.^a del mismo título 25 de la referida partida 4.^a, se dispone tambien que el vasallo ha de besar la mano á su señor cuando éste le haga caballero y le ciña la espada, y cuando se despida de él.

«En estos casos, y no en otros (continúa la ley) deben tambien besársele al rico hombre. Pero al rey, añade, son todos obligados á besársela, así en estos casos, como en los de pasar el rey de un lugar á otro y recibirle, y volver á su casa ó partirse de ella, y cuando

los diere ó prometa hacer alguna merced.»

Siguió esta práctica en España en los siglos siguientes á la publicacion de estas leyes, no solo en gran ceremonia del advenimiento de los reyes al trono, sino tambien como ahora se acostumbra, en las ocasiones comunes de cumpleaños, dias, etc., como un obsequio ordinario y no solo con el monarca, sino tambien con las personas reales ó su familia.

Parece que la primera escepcion que se encuentra, (segun observa Clemencia), es la del príncipe don Carlos, hijo de Felipe II, el cual en la ceremonia de su juramento el año de 1564, no consintió que le besaran la mano los preladados del reino, sin embargo de que se la besaron los grandes y su mismo tio don Juan de Austria.

Desde entones Felipe II, para manifestar mas su consideracion al estado eclesiástico, y tal vez estimulado por el ejemplo de su hijo, no permitió ya que le besasen la mano los sacerdotes como dice don Alfonso Carrillo en su Origen de la dignidad de Grande.

Siguió la misma costumbre Felipe III, en cuyo tiempo pasó lo de aquel estudiante de Salamanca, á quien los reyes no dieron á besar la mano pensando que era de misa por los largos hábitos que traia.

En el reinado de Felipe IV, siguieron los eclesiásticos gozando de esta prerogativa, hasta que el mismo clero promovió su abolicion, manifestando ser los primeros en dar ejemplo de las altas consideraciones que se debian á los príncipes.

En el dia tiene lugar el besamanos de España en el palacio de los reyes y demás personas reales, en los dias de cumpleaños, y en otras fiestas y solemnidades, siendo admitidas á estos actos solemnes las personas de uno y otro sexo que por su clase y posicion social gocen de este derecho.

En las capitales de provincia de la península y de América, se llama tambien—besamanos—y con mas propiedad—recibir en corte la especie de felicitacion que en representacion de la corona, reciben las primeras autoridades en los dias solemnes, á cuyo acto suelen concurrir por un orden establecido todas las corporaciones y funcionarios públicos, vestidos de lujosos y elegantes uniformes.

En las escuelas de instruccion primaria, se estableció tambien por principio que los niños besasen la mano á sus maestros, como acto de sumision y respeto hácia él, el cual se repite del mismo modo á los padres en las horas de salida del establecimiento.

HERNANDO.

LA FRANQUEZA.

ROMANCE.

La *Franqueza*, prima hermana de la Verdad, se presenta en el siglo diez nueve con muchísima rareza. Es mas general un caso de hidrofobia ó de epidemia, que un caso, no mas un caso, de pura y grata *franqueza*. Hoy, con alguna escepcion, suele habitar en aldeas, do las *costumbres* del siglo no se conocen ni aprecian. Si algo el rústico labriego tiene que le favorezca, es lo franco de su trato y lo franco de su lengua. Que es tan placentero oír lo que dicta la conciencia y espresan fieles los labios tal como lo siente aquella, cual sensible que en el mundo haya quien clame y se ofenda de cualidad tan magnífica, tan inapreciable y buena. ¿Por qué disfrazar ansiosos y con falsas apariencias

palabras y dichos francos con frases *etiqueteras*?

¿Por qué si se siente impulso de decir: *es usted un pelma*, se dora la pildorita

con una cuca indirecta?

¿Por qué ofrecer cualquier cosa

con esquisita *insistencia*,

si en regalar, el que ofrece,

es en lo que menos piensa?

¿Por qué aquello de *usted gusta*,

al sentarse uno á la mesa,

cuando debe traducirse

gusta usted... tomar la puerta?

¿Por qué con sonrisa afable,

solo de dientes afuera,

se dice: *es usted hermosa*,

siendo horriblemente fea?

El tono, el temible tono, es el que con faz severa guerra á muerte ha declarado á la sin igual *franqueza*.

Pero-Grullo era sin duda su mas poderoso atleta;

¡honor, pues, á Pero-Grullo,

francote por escelencia!

El Padre Cobos bien puede

asegurar sin vergüenza,

que fue *franco* como pocos

con sus *francas* indirectas.

Y que jamás, ni por nada,

llegó á morderse la lengua,

con tal que al abrir la boca

dijese lo que sintiera.

Hoy, pues, es tan positivo

que existe poca *franqueza*,

como es positivo y cierto

que al que se muere le entierran.

¿Qué delitos, qué motivos

ha cometido en la tierra

para que el señor Buentono

de ese modo la aborrezca?

¿Es acaso porque hoy dia

la sociedad vitupera

toda verdad, por sencilla,

fria y desnuda que sea?

¿Es acaso que la dañan

ó que quizás la indigestan

ciertas *franquezas* de á folio

que con justicia avergüenzan?... No hay duda que hoy el mentir,

y mentir con cierta ciencia,

vale mas, es de mas tono

que hablar con mucha *franqueza*.

no hay duda que es poco culto,

poco de moda y... etcétera,

no reir cuando se rabia

ni llorar no habiendo pena.

La sociedad así vive,

y así su ley nos enseña,

así sus gustos prescribe...

y así los vicios fomenta.

Soy franco, amigos lectores,

me gusta mas con *franqueza*

sufrir una humillacion

que una caricia con mengua.

Al pan pan, y al vino vino,

que esas frases encubiertas

son como el *doublé*, doradas,

pero de tosca materia.

PEDRO F. REYMUNDO.

VIAJE DE AMDEIXDEF Á LAS REGIONES

SUBMARINAS.

(CONTINUACION.)

VI.

El waterlandés estaba profundamente dormido en la misma postura en que se hallaba cuando me separé de él para seguir á mi bella desconocida.

No quise despertarle y me decidí á velar su sueño con silencio y paciencia.

Me parecia una pesadilla todo lo que habia

visto y todo lo que veía en aquel momento; pero una pesadilla que empezando por ser horrible, había ido haciéndose agradable por algún tiempo, volviendo después á inspirarme el horror primitivo; en efecto, la oscuridad que reinaba en el exterior era absoluta y se escuchaba sobre nuestras cabezas un rumor parecido al que produce un torrente de agua que se precipita al fondo de un abismo.

Zeugthy, roncaba con estrépito y sus ronquidos eran repetidos por un eco tardío y lejano. Su espantosa fisonomía variaba continuamente, pues á menudo se reía, soñando sin duda, y enseñaba una doble hilera de dientes largos y agudos como puntas de flecha; la luz que despedían las lámparas coloraba con un tinte cárdeno todos los objetos y oscilaba imprimiendo un movimiento pavoroso á todas las sombras que aquellos proyectaban. Entonces me acordé con tristeza de mi patria y de mis compañeros y sentí con verdadero dolor la larga ausencia que me esperaba. Quise dormir; pero todos mis esfuerzos fueron vanos.

Así trascurrían las horas sin que ocurriese nada nuevo á mi alrededor.

Pero todo tiene fin en este mundo; poco á poco empecé á observar una pequeña claridad por la puerta que conducía al campo.

Me dirigí hacia el sitio de donde venía: al salir de la habitación, contemplé el espectáculo mas imponente que puede imaginarse; el cielo iba tomando sucesivamente los colores negro, azul oscuro, azul claro, azul celeste, verde mar, amarillo y otros tintes raros hasta llegar al plateado brillante con manchas movibles del arco iris; era imposible mirar, sin quedarse ciego, la deslumbradora bóveda que me cubría: el horizonte estaba azul y en él se veían dibujados los perfiles de millares de poblaciones, montañas y campiñas. Por todas partes iba creciendo un ruido confuso y animado; todo me anunciaba la llegada del día.

Corrí á buscar á Zeugthy creyendo que debía estar despierto, pero le encontré todavía dormido. No pude contenerme y le llamé.

Zeugthy se restregó los ojos, bostezó y me dió los buenos días.

—¿Qué pensáis que hagamos hoy? le pregunté.

—Hoy iremos á la corte que está ya muy cerca; pero antes es preciso que vayamos al tesoro, pues el rey me ha pedido un barril de perlas.

—¿Un barril de perlas! ¿son esas las monedas que se usan en este país?

—Sí, amigo mío; cada perla equivale á cien ostras y cada ostra á cuatro caracoles.

—¿Tardaremos mucho en ir al tesoro?

—Aunque está lejos, iremos en un coche muy rápido. Antes almozaremos, si os parece.

—Bien; pero hablemos francamente; yo no tengo dinero ninguno y estoy haciéndome un gasto....

—Callad y no nombreis semejante cosa; tanto yo, como mis dos compañeros, somos ricos capitalistas, que tendríamos muy á menos, la bajeza de exigir cantidad alguna á un simpático extranjero, que se pone bajo nuestra protección; yo soy tesorero del estado y me sobra todo...

—¡Ah! ¡ya! ¡sí!...

Zeugthy llamó á un criado y le ordenó que nos sirviese un almuerzo.

Concluido el desayuno, nos dispusimos á marchar. Salimos de la fonda y después de cruzar algunas calles llegamos á un lugar en donde nos esperaba un carruaje, en forma de concha y guarnecido de perlas; tiraban de él dos caballos marinos tan blancos como la espuma que levantaban en su carrera sobre el agua.

Conforme íbamos marchando, observé que me aproximaba á una región mas fría y mas húmeda que la ciudad de Kalsely; de pronto nos paramos delante de un agujero circular abierto en el suelo. Zeugthy me cogió por la mano al apearme y me intimó á que bajase con él por una escalera que se veía dentro de aquel hoyo; á los cuarenta escalones, nos encontramos una galería horizontal y la atravesamos;

al fin de ella había otro agujero lleno de agua: Zeugthy se paró y me dijo que tomara aliento para zambullirme en el agua, que le siguiese y sacaríamos un barril de perlas del tesoro nacional.

Dicho esto me arrojó en el agua.

Yo era buen buzo, de modo que al llegar á fondo reparé con serenidad que había varios toneles y que estaba rodeado de multitud de peces que brillaban reflejando en sus escamas la fuerte claridad que reinaba; Zeugthy se puso delante de mí y me indicó por señas que cogiese un barril.

Ya no podía resistir tanto tiempo sin respirar, quise obedecer á Zeugthy y no pude.

Entonces el waterlandés, cogiéndome de la cintura me sacó á la galería donde habíamos estado anteriormente y volvió á arrojarse al agua dejándome mojado de pies á cabeza.

Después de mi caída al mar, aun no había conseguido secarme por completo.

VII.

Al poco rato volvió á salir Zeugthy con un barril entre los brazos; le ayudé á sacarlo y y me lo cargué acuestas llevándolo hasta colocarlo en el coche.

Montamos y salimos á escape en dirección á la corte, según me dijo Zeugthy que era el que guiaba los caballos.

Recordé, durante el viaje, las escenas de la noche anterior, el amor de Pretty á quien debía ver en la corte y me atreví á confiárselo á mi compañero.

Oyó mi relato sin admirarse por nada y me preguntó si no temía sufrir la metamorfosis á lo cual contesté que no. También me dijo que conocía á Pretty, que era muy coqueta, que mentía amor á todo el mundo y que engañaba con su pegajosa amabilidad.

—¡Hasta en la Waterlandia hay coquetas! exclamé en mi interior, sorprendido de lo universalizado que se halla este mal.

—Os habeis quedado pensativo.

—No.

—¿Qué os pasa?

—Nada, querido Zeugthy...

—Ya no me llameis así; ese es mi nombre para viajar de incógnito, yo soy Greatest, tesorero de S. M.

—¡Ya!

—Y hoy mismo os presentaré á los reyes.

—¿Es casado el rey?

—Sí.

—¿Está metamorfoseado?

—Por supuesto.

—¿Tiene hijos?

—Tres.

—¿Muy crecidos?

—Uno tiene treinta años, otro veinte y cuatro, y el menor, que todavía mama, doce años.

—Y ¿quién le cria?

—La reina, su madre.

—¿Doce años, Dios mío, pero, ¿cuánto tiempo son doce años?

—Cada año tiene sesenta días y cada día, veinticuatro meses.

—¡Ah! grité yo con júbilo, de modo que yo no tardaré mas que un año y cuarenta y ocho días en ver á mis compatriotas.

—Esa fue la cita.

—¡Oh! ¡felicidad!

Lleno de alegría al saber el poco tiempo que me faltaba para abrazar á mis dos compañeros de desgracia, empecé á cantar una canción propia de los marineros ingleses, que empieza diciendo:

«Vuelvo á verte por fin, patria adorada,
Después de tantos días
De llorar y gemir;
Que cuando triste al marinero envías
La postrera mirada
Cesan sus alegrías
Hasta que vuelve á tí.»

Zeugthy se unió con entusiasmo á mi voz, y haciéndome el dúo, desafinadamente, llegamos

á la gran ciudad, capital de la Waterlandia, á Waterdam.

VIII.

Mucho paseé aquella mañana por las calles de la corte, aunque ya no me inspiraba curiosidad nada de lo que veía, pues mi único anhelo era volver á abrazar á mis paisanos.

A mediodía me llevó Zeugthy al palacio real para presentarme á los reyes.

¡Cuánta gente inútil había al servicio de SS. MM!

Todo eran porteros, y ayudas de cámara, y pajes, y damas etc., etc. Entre estas ví á Pretty que me hizo un gracioso saludo; me acerqué á ella y quise detenerme á su lado: pero Zeugthy me dijo que no me retardase y seguí adelante prometiendo á Pretty que la vería después.

Detrás de Zeugthy, ó mejor dicho, de Greatest, iba un criado con el barril de las perlas.

Entró el tesorero en la cámara real, acompañado del criado que traía el dinero; á poco salió, despidió al criado y me indicó que pasase.

Penetre en la cámara.

El rey me saludó con afabilidad, así como su esposa y sus hijos.

Yo me incliné con respeto ante SS. MM.

—¿Qué habeis venido á buscar en este país? me preguntó el rey.

—Señor, le contesté, soy un pobre náufrago europeo, es decir, de un país que hay sobre el cielo de esta nación.

—No os entiendo.

—Ni creo que V. M. me comprenderá nunca.

—Es que dudo de lo que dices.

(Se continuará.)

EL JUDÍO ERRANTE.

Tal vez existen pocos tipos sobre los cuales se haya escrito y dicho tanto como el del *Judio Errante*. Plumas de todos templos se han ensayado en tan original asunto, y filósofos y poetas y teólogos, y hasta escritores de romances de ciego, le han pagado su debido tributo. Efectivamente, la historia de un hombre que desde Cristo anda vagando por esos mundos, testigo vivo de las vueltas de tantos imperios, de la metamorfosis de tantos pueblos, de los crímenes de tantas generaciones, es un asunto que lo mismo se presta á la epopeya que á la leyenda popular, á las consideraciones de la filosofía que á las investigaciones de la teodicea. La extraña aventura del *Judio Errante* no se halla consignada ni en los Evangelios aprobados, ni en los apócrifos, ni en las actas de los apóstoles, ni en los escritos de los antiguos padres de la Iglesia. La época de su origen debe por lo tanto creerse que fue el siglo IV, en que se conoció la historia del *Velo de la Verónica*, como también la mayor parte de las que versan sobre la pasión de Cristo, y en que se descubrió la verdadera Cruz. La leyenda del *Judio* pasó empero en el estado de tradición oral hasta principios del siglo XII, en que Mateo París, monge de San Albano, hizo mención de ella en su *Historia de Inglaterra*.

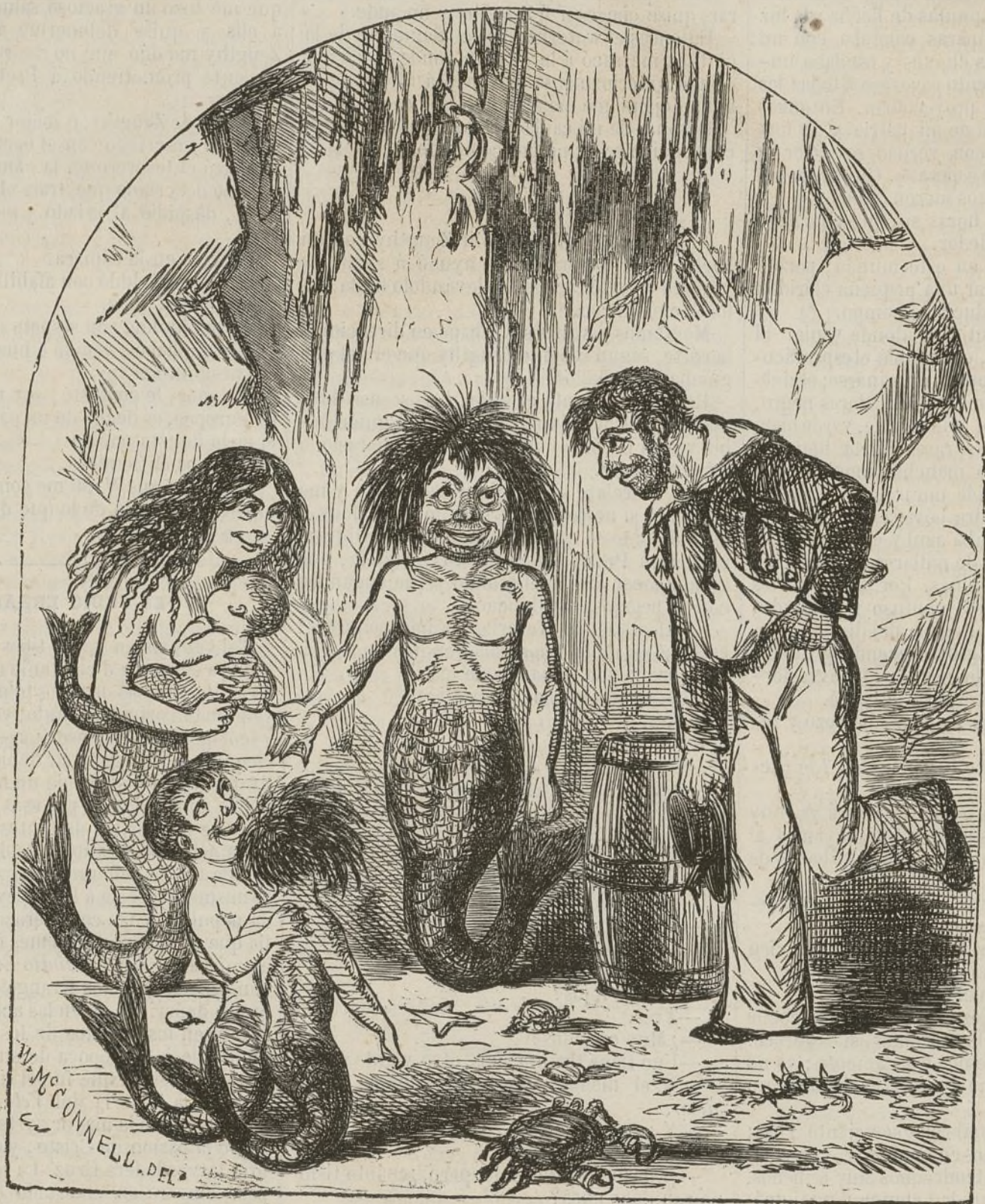
Según este venerable personaje, había ido á Inglaterra por los años de 829 un arzobispo de la Armenia mayor, que llevaba por objeto en su viaje adorar algunas reliquias de santos, y visitar los sitios venerables por sus recuerdos, que había en aquel país. Cuéntase, que habiendo estado dicho prelado en el convento de San Albano, y habiendo recibido en él las mayores y mas cordiales muestras de afecto, tanto de parte del abad como de toda la comunidad, se creyó obligado á pagar tal recibimiento con la relación amena y curiosa de las cosas particulares que había visto en sus viajes. Picada la curiosidad de los monges, hubieron de preguntar por José, aquel famoso José que había presenciado la pasión de Cristo, y que existía todavía como una prueba viva de la fe cristiana; y como no quería otra cosa el bueno del obispo armenio, no bien le hubie-

ron hecho la pregunta, les espetó, valiéndose al efecto de su intérprete, una relacion tan maravillosa como auténtica de tan raro personaje. Díjoles en ella, que no solo le conocia, sino que habia comido varias veces con él, y les contó el hecho de la condenacion de Cristo del modo siguiente:

«Cuando Jesus fue arrastrado por los judíos fuera del palacio pretorio para ser crucificado, Cartapilo, que era el portero de Poncio Pilato,

le empujó con el puño hácia adelante, diciéndole en tono de desprecio:—«Jesus, anda mas de prisa: ¿por qué te paras?» Entonces Cristo, fijando sobre aquel hombre una mirada triste y severa á la vez, le dijo:—«Yo camino como está escrito; pero reposaré bien pronto, en tanto que tú andarás sin cesar hasta mi vuelta.» Cuando tuvo lugar la pasion, tenia Cartapilo cerca de treinta años, sucediendo ahora que apenas llega á la centena se rejuvenece, y

vuelve de nuevo á la edad en que se hallaba en el momento de su fatal sentencia. Convirtiéndose luego Cartapilo á la fe cristiana, fue bautizado por Ananías, el mismo que bautizó á San Pablo, y se le puso por nombre José. En el dia habita comunmente en una ú otra de las dos Armenias: es un hombre pío y de conversacion edificante: vive casi siempre en union de algun obispo; habla poco, y esto únicamente cuando le requiere á ello algun alto dignatario



VIAJE DE AMDEIXDEF.—Yo me incliné con respeto ante SS. MM.

de la Iglesia; entonces es cuando da curiosos detalles sobre la pasion y resurreccion de Cristo, la predicacion de los apóstoles, el símbolo y otras cosas de igual importancia y magnitud.»

Esta relacion que damos, tomada de un escritor célebre en sus tiempos, y que está autentizada, segun el mismo Mateo París, por el bravo caballero Ricardo de Argenton, que visitó el Oriente y que luego murió obispo, difiere en gran manera de los términos en que hasta entonces y despues ha corrido con mas crédito la célebre tradicion del *Judío Errante*. No faltan por eso escritores que clasifiquen las dos versiones que sobre tan original asunto han corrido con las determinaciones de *oriental y occidental*. La primera ya la conocen nuestros lectores; la segunda, segun un do-

cumento bastante autorizado del siglo XVII, es como sigue:

«En el año 1547, M. Pablo de Litzen, doctor de la Santa Escritura, y obispo de Schleswig, vió en la iglesia de Hamburgo, en un domingo y en invierno, al viejo judío que vaga por esos mundos desde la pasion de Cristo, el cual iba á la sazón muy mal calzado y no mejor vestido. Parecióle de una estatura elevada y de unos cincuenta años, y tenía el cabello blanco y suelto sobre la espalda. Estaba oyendo un sermón, que escuchó con la mayor piedad. Al salir de la iglesia, trabó con él conversacion nuestro obispo; y el judío, con una modestia sin igual, le refirió que habia nacido en Jerusalem, en cuya poblacion ejerció, durante sus primeros años, el oficio de cordonero; que se llamaba Asevero, y que habia

asistido al suplicio de Jesucristo. Acto continuo hablo de los apóstoles, y añadió que habiendo querido Cristo descansar del peso de su cruz junto al portal de su casa, le rechazó, diciéndole que prosiguiese su camino, á lo cual Cristo le habia contestado lo que todos sabemos. El judío era de buen porte y muy discreto. Cuando oia que alguno blasfemaba, decia suspirando y con las muestras del mas profundo dolor: desventurada de tí, ¡oh criatura! ¿es posible que abuses así del nombre de Dios y de su cruel martirio? Si hubieras visto, como yo, cuán grande y cuán amarga fue la agonía de Cristo, á buen seguro que por tu mismo amor y el mio, preferirias padecer los mas horribles males á blasfemar de su nombre en lo mas mínimo.»

Cuando se le ofrecia dinero, no tomaba nun-

ca mas que dos chelines, y aun de esto distribuía sobre la marcha una parte á los pobres, declarando que Dios por sí mismo proveería á sus necesidades. Jamás se le vió reír. Cualquiera que fuese el pueblo en que se hallaba, hablaba siempre la lengua del país; de modo que en la época á que nos referimos se expresaba en muy buen sajón. Hay multitud de personas de distincion que han visto al judío en Inglaterra, Francia, Italia, Hungría, Persia, Polonia, Suecia, Dinamarca, Escocia y otros puntos; como tambien en Alemania, en Rostoch, Veimar, Dantzik y Königsberg. En el año de 1575 le hallaron en Madrid dos embajadores de Holstein, siempre el mismo en figura, edad, traje y maneras. En 1599 se hallaba en Viena, y en 1601 en Lubeck. Por último, segun el testimonio de varias personas que dicen haber hablado con él, en 1616 estuvo en Livonia, Cracovia y Moscou.

Esta version, de fecha tan reciente, y escrita nada menos que por el secretario Cristobal Kraus, es mucho mas extraordinaria que la de Mateo París, y era preciso, como observa muy bien el escritor francés de quien tomamos estos apuntes, era preciso, repetimos, que esta tradicion hubiese echado muy hondas raices en Alemania para que hubiese sobrevivido á la reforma de Lutero, y hubiese sido admitida como una verdad del dogma hasta por las comuniones disidentes.

Todavía hay otros altos personajes que con fecha mas posterior han osado prestar el apoyo de su nombre á una fábula tan á todas luces absurda. Un baron austriaco en 1641, y un médico que volvia de Palestina en 1643, cuentan que un capitan turco les refirió que el judío estaba á la sazón en Jerusalem. El pobre judío se hallaba entonces retenido en una cripta ó cueva subterránea, y vestia su antiguo traje romano, exactamente igual al que se usaba en tiempo de Cristo. Su única ocupacion era pasearse de un extremo á otro de la sala,



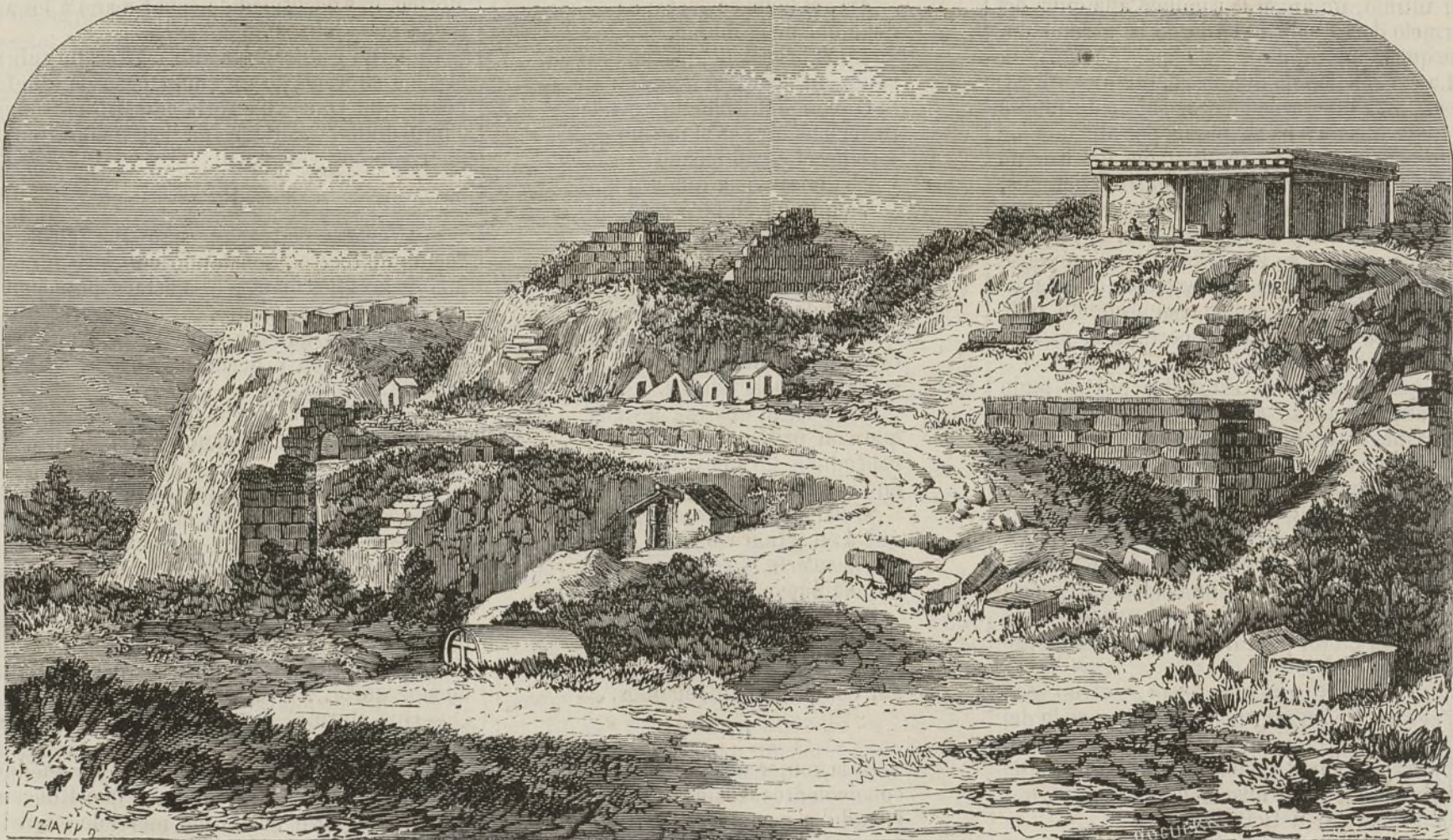
El padre Feijóo.

sin decir una palabra, dando de cuando en cuando algunas palmadas en la pared, y aun algunas veces golpeándose el pecho en señal del sentimiento que tenia de haber herido en otros tiempos el rostro del Señor.

Todo lo que hasta aquí hemos dicho, y aun algo que pudiéramos añadir acerca de una disertacion teológica publicada en Jena en 1668, y sobre otros documentos de igual naturaleza, prueba hasta la evidencia, tanto la vitalidad indestructible de la tradicion de que nos ocupamos, como el empeño que ciertas gentes han tenido en propagarla y darle autoridad. Con efecto, á poco que se discorra se conocerá el fin que se llevaba en la propagacion y autorizacion de esta fábula. Presentar un hombre,

que por condenacion de Cristo, anda vagando por el mundo sin sosiego ni descanso, que presencié la pasion de Cristo, y que da fe de la existencia y propagacion de los apóstoles y su doctrina, ¿no es lo mismo que hacer callar á los que han puesto en duda la pasion del Redentor y demás puntos capitales de la Iglesia, con un testimonio irrefragable de su existencia? Esta, en efecto y no otra, fue la causa de la invencion de la fábula del *Judio Errante*, y se ve muy comprobada nuestra asercion en la palabra *Argumentum cristianæ fidei*, palabras que hemos citado ya, y que emplea Mateo París al hablar de Cartapilo.

Pero si la religion sacó gran fruto de la leyenda del *Judio*, no se aprovechó menos el arte de tan poético cuanto filosófico asunto. Nada mas grande, nada mas terrible, como hemos dicho, que la vida de un hombre en cuyos oidos ha resonado el llanto de tantas generaciones, cuyos ojos han visto la desaparicion de tan distintas razas, la caida de tan grandes y fuertes imperios; de un hombre que, con corazon para sentir los males de sus hermanos, ha tenido que ser testigo de ellos durante tantos siglos; que ha visto desaparecer de su lado, su familia, sus amigos, sus allegados, hundirse el techo doméstico en que pasó sus primeros años, borrarse hoy las huellas de los pasos que dió ayer y hallarse siempre aislado en medio de un mundo lleno de pasiones y de afectos nuevos, cuando su alma estaba de continuo dominada por los recuerdos de lo que fue: de un hombre, en fin, que nunca pudo formar lazos que no tuviese que ver rotos, y que destinado á cerrar los ojos de tantas generaciones, sabe que no ha de haber mano de hermano ni de amigo que pueda cerrar los suyos. Asi lo conocieron los poetas de todos los paises; y hé aquí la causa de que haya habido tantos que se hayan ensayado en el extraño asunto que da motivo á este artículo,



PANORAMA UNIVERSAL.—Vista de parte de las ruinas de Janto. (Licia.—Asia Menor)

aunque no todos hayan logrado darle cima. Los estrechos límites de este periódico nos impiden entrar en detalles acerca del mérito de las obras que ha inspirado la leyenda de que nos ocupamos, y mucho mas de dar cual quisiéramos una estensa noticia de los que mas dignos creyésemos: por lo tanto nos limitaremos por hoy á apuntar algunas ideas acerca de lo mucho que, como hemos dicho, se ha escrito en el particular.

El primer poeta, que por la importancia de su nombre se nos presenta, cuando tratamos de hablar de los que han pensado en la tradicion del *Judio Errante* como asunto para un gran poema, es el padre de la literatura alemana, y casi podia decirse de la literatura moderna, el célebre Goethe. En el libro XV de las Memorias de este gran poeta, se leen algunos párrafos que esplican el modo y manera con que trataba de presentar en una grande epopeya la fábula de que nos ocupamos. Segun se ve en ellos, la leyenda del *Judio* habia preocupado altamente su imaginacion durante toda su juventud. «Yo queria, dice él en el referido libro, servirme de esta leyenda, como de un hilo conductor para representar toda la marcha de la religion y de las revoluciones de la Iglesia.» Por estas cortas líneas se ve que el fin que se proponia era grande; y asi que la parte del plan de su obra, que desenvuelve en los párrafos á que nos referimos, no sea á nuestro entender el mas acertado, debe presumirse, atendida la magnitud del asunto y la escelencia del genio que lo manejaba, que el proyectado libro hubiera sido un gran cuadro en que mas á su sabor todavia que en el *Fausto* hubiera podido desenvolver las diferentes fases de la historia de la humanidad.

Otro célebre poeta aleman, Schubart, pensó tambien en la leyenda del *Judio* para asunto de una epopeya, y aun escribió algunos fragmentos, que no hay persona de mediana instruccion en Alemania que no sepa de memoria. Empero Schubart, como Goethe, se contentó con señalar lo que pensaba hacer en su libro, y en escribir, como hemos dicho, algunos trozos sueltos del mismo. En uno de ellos pintó de un modo asombroso los continuados é inútiles esfuerzos que Asevero hace para salir de la vida. Este desgraciado pasa por todos los tormentos de la muerte, sin poder morir. Se arroja al Etna, se espone á la metralla, desafía el furor de las bestias mas feroces, y en ninguna parte puede encontrar la muerte. Por último, un ángel le conduce á la cima del Carmelo donde sabe que Dios le ha perdonado, y se queda adormido en un blando sueño.

La concepcion de Schubart, segun Jordens, no era otra que la de colocar sobre un monte al *Judio* eterno; hacer pasar por delante de sus ojos las oleadas y tempestades del mar de la vida, tomada desde sus primitivos tiempos, y pintar en rasgos épicos todas las revoluciones de la naturaleza y de los imperios. Este pensamiento, como se ve, abrazaba un inmenso horizonte; y por él se deja entrever que Schubart, como Goethe, habia comprendido toda la grandeza y poesia que encerraba el asunto de que nos ocupamos.

Lo que ninguno de estos dos poetas pudo realizar, lo vemos, aunque tal vez bajo distinto aspecto, en el grande poema que publicó hace algunos años en Francia el célebre Edgar Quinet, con el título de *Asevero*. Hablar de esta obra someramente, seria peor que no decir nada; por lo que nos limitamos á recomendarla encarecidamente á nuestros lectores, como el cuadro mas rico y abundante de poesia oriental en los detalles, aun cuando en su esencia sea de un plan de concepcion enteramente alemana.

Además de estos célebres poetas, el no menos célebre Berenger, ha hecho la leyenda del *Judio* asunto de uno de sus pequeños poemas. Otros escritores de menos nota ha habido que se han ocupado del mismo asunto; pero nos es imposible dar noticia de ellos.

Respecto de la novela de Eugenio Sué, no diremos nada. Solo, sí, haremos una reflexion.

Si los antiguos fraguadores y propagadores de la fábula del *Judio Errante* hubieran presentado el uso que de ella debia hacerse en el siglo XIX, ¿la hubieran echado al mundo ni hecho tantos esfuerzos para probar su autenticidad? Creemos que no es preciso discurrir mucho para estar por la negativa.

RAMON DE SATORRES.

ELLOS Y ELLAS.

(JUEGOS DE AZAR).

I.

En otra forma y manera
un sabio escritor ha dicho:
que el amor es un capricho,
cuando no es una quimera.

Otros muchos pareceres
hay con diferentes nombres,
sobre el amor de los hombres
y el amor de las mujeres.

Y yo que soy imparcial,
daré mi opinion tambien,
sobre la causa de un bien
que produce tanto mal.

II.

En los primeros albores
de nuestra edad juvenil,
el mundo, es todo un pensil;
las mujeres, todas, flores.

Los colores todos bellos,
los cambiantes todos rojos,
luego los ojos, ¡qué ojos!
los cabellos, ¡qué cabellos!

La mujer, ¡qué peregrina!
y en nuestra sangre, ¡qué ardor!
Vaya, entonces el amor,
es una cosa... ¡divina!

Bueno está: pasan los años
y llegan las defecciones;
las que fueron ilusiones
se truecan en desengaños:

Entregamos con ardor,
tan puro como el armiño
nuestro amor, mas como es niño
se juega con nuestro amor:

Y nunca falta una ingrata
que fingiendo una pasion,
nos clava en el corazon
el acero que nos mata.

Asi, el hombre desconfia
del amor de la mujer,
y en los brazos del placer
suele entregarse á la orgía:

O bien siguiendo otra senda
se reconcentra en sí mismo
y viene el escepticismo
y echa en su vista una venda.

Y en uno y en otro caso,
de la vida en el sendero,
cual fatigado viajero
vá caminando al acaso:

Perdidos viendo á su edad
en incrédulo marasmo,
el amor y el entusiasmo;
su vida y su actividad.

Si en tanto una luz destella
que con pristino fulgor,
reproduce un nuevo amor
en los ojos de oira bella:

Si hallamos un corazon
que á su latido violento
nos despierta el sentimiento
de una nueva sensacion:

Entonces desconfiamos,
y como burlados fuimos,
lo mismo que recibimos
sin compasion entregamos.

III.

Si la mujer nos desdeña
con evidentes señales
cuando la amamos leales,
á engañarla nos enseña.

Si á la mujer desdeñamos

cuando nos ama sincera,
no de otra suerte y manera
á engañarnos la enseñamos.

Y en este juego, á mi ver,
en que se pierde á compás,
quien mas pone pierde mas,
y mas pone la mujer:

Que para el amor nacida
y de amor alimentada,
amor la hace desgraciada
ó amor encanta su vida.

Por eso los pareceres
difieren hasta en los nombres,
y hay quien disculpa á los hombres
ó disculpa á las mujeres.

Mas yo, en mi pobre opinion,
diré, volviendo á mi tema;
que el amor es un problema
de difícil solucion.

IV.

Segun mis informes ciertos,
con fines caritativos,
en el mundo de los vivos
todos ruegan por los muertos.

Traigo este recuerdo aquí,
para preguntar á *Ellas*:
«En el mundo de las bellas
¿habrá quien ruegue por mí?»

AURELIANO RUIZ.

LA PLATEA DEL VIZCONDE.

(EPISODIO DE UN CARNAVAL.)

I.

Por el año de gracia de 185... asistia yo
diariamente al teatro de...

Inútil me parece decir lo que sucede entre
los concurrentes diarios de un teatro de provincia
las primeras noches de representacion.

Todos preguntan, todos se informan, todos
cuchichean, todos, en fin, hacen en tales circunstancias
el oficio de cronistas.

La casualidad trajo junto á mi asiento uno
de esos hombres desocupados, que parece pasan
su vida en imponerse de las ajenas, para
relatárselas á cuantos amigos tienen la desgracia
ó la fortuna de sentarse á su lado en una
de esas noches de ópera en que los entreactos
son tan interminables, y en que para combatir
el poder que sobre nuestros párpados ejerce
Morfeo, hay necesidad de echar mano á los anteojos
ó al visturis de la crítica.

Un largo y atusado bigote entrecano cubria
el labio superior de mi compañero de luneta,
por lo que yo calculé seria nuestro personaje
algun militar retirado, de los tiempos de la
guerra de los siete años.

II.

—¿Veis esa platea? me dijo una noche mi
vecino de teatro, señalando con sus miradas
una de las que con mas lujo estaba amueblada.

—¿Cuál? le pregunté.

—La de la izquierda, la segunda, donde está
sentada la joven y hermosa Amalia, vizcondesa
de la Cañada.

—¡Ah! con que es esa la celebrada vizcondesa,
el tipo de la elegancia, el figurin de la moda.

—La misma, me respondió mi amigo. ¿Qué
no la conociais?

—De nombre mucho, pero no de vista.

—Luego tambien ignorais la anécdota que
corre de boca en boca sobre tan codiciada belleza,
con respecto á su continua asistencia al teatro.

—Lo ignoro, amigo mio; pero será algun
chisme quizá...

—Qué chisme, ni qué calabaza; historia,
querido, historia.

—Pues principie la anécdota, ya que no
hay en qué pasar la media hora que Ronconi
nos deja sin oír el argentino metal de su divina voz.

Y arrellenándonos en nuestras respectivas

butacas, principió mi amigo su anécdota histórica.

III.

«Era el martes de carnaval del año próximo pasado. No ignorareis que el domingo que le prececió fue brillantísimo: la animación desusada que se notó ese día, hizo concebir á los aficionados á las piruetas y á las aventuras, fundadas esperanzas de que el último día de locura y bacanal, superaría con mucha al primero.

Todos eran preparativos; á las modistas les faltaban manos para confeccionar trajes: agujas á los peluqueros para sus pelucones, y tiempo á los descuidados para la elección de sus disfraces.

El vizconde de la Cañada, como experimentado adalid, no había olvidado nada para lanzarse á la batalla.

A las diez de la noche estaba ya vestido con un rico y elegante traje de mosquetero.

Antes de salir para el teatro, se presentó á dar las buenas noches á su esposa Amalia, que desde la tarde se había encerrado en su bello gabinete, pretestando una indisposición, que no dejó de causar cierto placer al vizconde, pues que de no ir su cara mitad al baile, quedaba en mas completa libertad para maniobrar en el anchuroso y fértil campo de las calaveradas.

A las once, hora en que el vizconde entraba en el teatro, la vizcondesa salía disfrazada por la puerta del jardín de su suntuoso palacio.

Esto es lo que nosotros los militares llamamos una retirada falsa.

IV.

Animado estaba el salón del baile; nada escaseaba en él para hacer aquellos momentos febriles, de inolvidable memoria.

Magníficas lunas de Venecia refractaban las luces que con profusión alumbraban la estancia.

Una pintoresca alfombra, cuyo tejido representaba un baile de la edad media, cubría el pavimento.

Orillamas de variados colores con borlas bordadas... pero os estoy haciendo la descripción de lo que visteis con vuestros propios ojos, quién sabe si mejor aun que yo.

Serian las tres de la mañana cuando el nuevo Artagnan cruzaba del brazo de una elegante máscara de un extremo á otro del salón. Momentos despues había desaparecido de él, y libaba en compañía de su pareja una copa de dorado vino de Jerez.

Allí principió la escaramuza. Al parecer, no era el castillo de muy fácil acceso, cuando á la media hora de principiado el tiroteo, aun no había podido conseguir nuestro jóven héroe mas que un juramento de amor platónico, y un lazo verde que ciñó á su brazo izquierdo la recalcitrante pareja.

El mosquetero, en cambio de una prenda con tanto amor entregada como pedida, puso en los blancos y aristocráticos dedos de la enmascarada un cintillo de diamantes de un valor material fabuloso, de un precio espiritual quizá bastante mezquino.

Pocos minutos habían trascurrido de hecha la dádiva, cuando una imponente oleada de estudiantes y arlequines levantó de su asiento al buen vizconde, arrastrándole al extremo opuesto de la sala, con la misma facilidad que el huracan arrastra la hoja de la potente encina.

Como un leon acosado, que cree le arrebatan su presa, rugió de cólera nuestro mosquetero; desbarató uno y otro grupo, tendiendo por la espaciosa sala su chispeante mirada; corrió, en fin, de acá para allá en busca de su amorosa compañera; pero en vano... ¡había desaparecido!

V.

Daban las cinco de la mañana en las argentinas campanas de los viejos relojes del salón, cuando el vizconde dejó el baile, triste,

abatido, renegando de su contraria suerte, maldiciendo su malhadado destino.

Algunos momentos despues entraba en el gabinete de su esposa. Esta se hallaba despierta aun.

—¡Qué noche he pasado, querido! ¡qué noche he pasado!... dijo, apenas oyó sobre la alfombra el ruido de las espuelas del mosquetero.

—¿Qué, no estás mas aliviada? le preguntó el vizconde tendiéndole una mano que ella estrechó amistosamente.

—Pero ¿qué poder misterioso juntó sus dos miradas, en las que vagó una sonrisa de amor, despues sus brazos, y por último sus alientos?...

¿Qué causa produjo tan risueña mirada, tan estrecho abrazo, tan amorosos trasportes?

El vizconde había visto en los blancos dedos de la vizcondesa un magnífico cintillo de diamantes.

La mirada de la vizcondesa había encontrado sobre el brazo izquierdo del vizconde un lazo verde.

El anillo y el lazo fueron para los esposos dos encendidos relámpagos que iluminaron su razón...

Ni una queja, ni un reproche salió de sus labios.

Ambos corazones se habían comprendido.

Desde aquella noche no deja uno ni otro de asistir al teatro, á la lujosa platea que os he señalado; siempre cariñosos; inseparables siempre.

Apenas mi amigo acabó su historia, se alzó el telón y llegó á nuestros oídos una voz llena y modulada que principiaba el dúo de barítono y soprano de la ópera *l Masnadieri*:

Io t'amo, Amalia, io t'amo.

AURELIANO RUIZ.

EL PADRE BENITO FEIJÓO Y MONTENEGRO.

Este célebre crítico nació en Casdemiro, aldea del obispado de Orense en 1676 y murió en 1764.

Con razón podemos llamarle el mas grande reformador de su época, y admirarnos al contemplar las inmensas dificultades que se atravesaron en su camino, cuando desde un olvidado convento de benedictinos de Asturias, con el vigor de una imaginación fuerte y ardorosa, concibió el elevado proyecto de sacar á la sociedad de la inmunda postración en que yacía, haciéndola recobrar, con el auxilio de la nueva filosofía, la dignidad que habían perdido. El padre Feijóo es el moderno filósofo, que con la antorcha de la luz se eleva gigante sobre los escombros de una corrompida y abyecta civilización.

Solo dos obras nos legó este profundo pensador; el *Teatro crítico sobre los errores*; y las *Cartas eruditas y curiosas*. En una y en otra ataca con todas sus fuerzas la ignorancia, y en ambas le vemos lleno de erudición y fuerza persuasiva, al mismo tiempo que satírico y atrevido en sus apreciaciones.

Cuando en 1726 vió la luz pública su primer volumen del *Teatro crítico*, era apenas conocido fuera de su orden. Grande fue por consiguiente la sorpresa y admiración que causó el ver que la osada pluma de un retirado monje se alzaba formidable y atrevida, combatiendo los errores y preocupaciones que la ignorancia y la malicia habían incrustedo en la degenerada sociedad y que el trascurso del tiempo no había conseguido hacer desaparecer. En efecto, amante Feijóo de los filósofos naturalistas de su siglo, quiso sin duda iniciar en España la grande revolución moral que se estaba verificando en otras naciones: llamó á juicio á todas las clases de la sociedad, y á todas las acusó de sus decepciones y extravíos. La ignorancia de los frailes, la licencia del

clero, los privilegios ridículos, el silencio en las peregrinaciones, los exorcismos, los falsos milagros, etc., todo, en una palabra, fue objeto de sus ataques, y todo fue recibiendo de sus manos el saludable influjo de la nueva filosofía. Es asombrosa la ciencia y la erudición que demuestra en esta revista general de la sociedad.

Nosotros diremos con el sabio Campomanes que la memoria de este ilustre varón debe ser eterna y será siempre notable en los fastos de nuestra literatura. Concibió el honroso proyecto de atajar los innumerables errores y preocupaciones que inundaba la España, y se lanzó desde el rincón de su celda á luchar contra la irrupción de los malos escritores que amenazaban destruir para siempre la ciencia y el saber. Un nacimiento distinguido, fervor religioso, amor patriótico, vasta instrucción y elocuencia deslumbradora, eran los títulos en que fundaba el respeto y la veneración que sabía inspirar.

Nada le valió: desde los carcomidos templos de la vieja filosofía, salieron multitud de doctores pregonándole como hereje y concitando contra él la opinión pública. Pero él, grande y elevado, supo vencer en la lucha que sostuvo con el escolasticismo, y la degenerada y terrible Inquisición no se atrevió á saciar su enojo viéndole bajo la protección de Fernando VI y sus ilustrados ministros.

Uno tras otro fueron publicándose los catorce tomos que componen sus obras, y á pesar del vivo encono que producian sus ideas á las clases que vivían en el error, eran leídos con extraordinaria avidez, y en todos se elogiaba su erudición, su fuerza persuasiva y la habilidad para embellecer ó ridiculizar un objeto.

Un defecto encontramos, sin embargo, en este grande hombre. Su demasiada afición á la filosofía le hizo rendir un culto exagerado á escritores franceses, y su lenguaje es por lo general poco castizo, y sus obras abundan con frecuencia de innumerables galicismos.

M. S.

REVISTA DE OCTUBRE.

Querido Clemente: bien quisiera, al escribirte esta carta, reunir muchas y muy interesantes noticias de lo ocurrido en la corte durante el mes de octubre que acaba de espirar; pero son tan pocos los sucesos dignos de anotarse, que he dudado mucho tiempo si me decidiría á tomar la pluma.

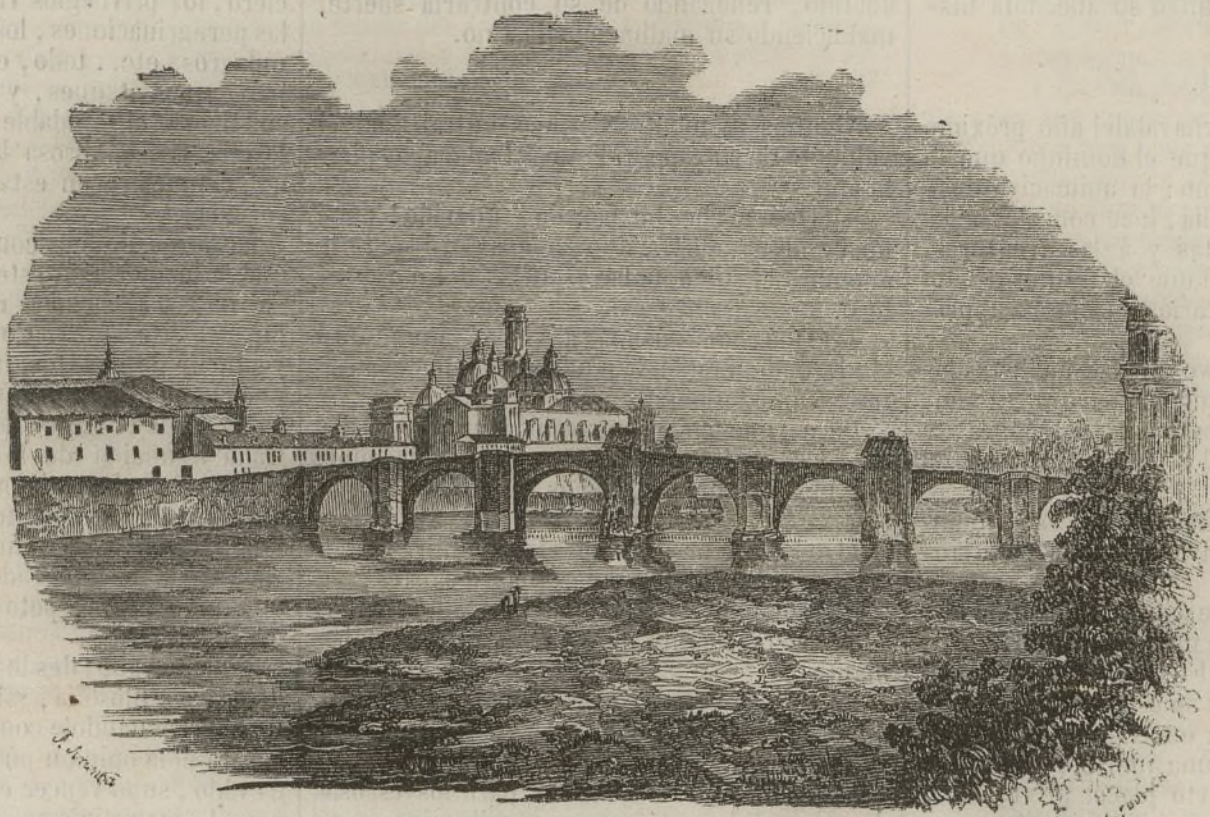
Estoy en un terreno resbaladizo: esta carta dirigida á tu nombre y dedicada á tí, que vives en una provincia ignorando todo lo que pasa en la coronada villa, ha de ser leída por cuantos suscritores del *Semanario* quieran hacerlo, y á la verdad, no todo se puede decir en letras de molde.

Basta de preámbulos: quede sentado el principio de que á pesar de dedicarte mi revista, no debo olvidar aquel refrán español que dice: *á tí te lo digo, yerno, etc.*

Pasaré por alto los acontecimientos políticos; ni te interesan, ni la índole del periódico lo permite.

Preferirás que te hable de las diversiones, de los sitios públicos en que la gente se agolpa ansiosa de distraerse, ignorando tal vez que no se distrae el que piensa en buscar distracciones; hablemos, pues, de los teatros.

El Real abrió sus puertas el día 4 con motivo de ser el santo de S. M. el Rey; el cuadro de compañía que la empresa había ofrecido días antes á los ojos de los madrileños, les había parecido indigno de su magnífico teatro; y no se equivocaban: la ópera *Rigoletto* sufrió un *fiasco* espantoso, ó mejor dicho, los cantantes que la ejecutaron; no citaré sus nombres por no hacerles daño.—Se esperaba mejoría en las funciones siguientes, pero las esperanzas se han desvanecido con los repetidos golpes de la triste realidad, como se desvanece el humo con un soplo de viento.—Mr. Bagier, empresario de dicho coliseo debe tener en Madrid



VISTAS DE ESPAÑA.—Puente de Zaragoza sobre el Ebro.

un delegado que entiende, desde luego, mucho mas de negocios mercantiles, que de proporcionar agradables diversiones y magníficos espectáculos al público, mucho mas de pagar poco que de relacionar la paga con el producto de los abonos. ¡Ah, Mr. Bagier, si usted echara una ojeada sobre su teatro de Madrid, y viera que hasta los bastidores están llorando por creerse trasladados á un país extraño, cuyo idioma no han oido nunca! ¡si usted escuchara lo que de usted se murmura! ¡si viera usted todo lo que no podemos ver! estoy seguro de que mejoraríamos de situacion y le aplaudiríamos tanto como ahora le vituperamos.

Mucho he escrito, amigo Clemente, á propósito del *Real*, y hasta me he permitido una especie de *ex-abrupto* á Mr. Bagier; pero es tal la indignacion que cunde en todos los círculos de la corte que es, casi puede decirse así, el único suceso notable del mes de octubre. Ahora están anunciando los carteles el ensayo de el célebre *spartito* de Gounod, *Faust*, aunque segun ha oido decir nuestro amigo Ricardo á personas bien enteradas, no se ensaya otra cosa que el medio de calmar al público con mentirosas promesas. Aquí tienes, para convencerte un párrafo copiado de los carteles: «La empresa tiene el honor de anunciar al público, y á los señores abonados que no solo pondrá en escena la ópera *FAUST* con todo el aparato que exige la importancia de esta obra, sino que concilia el poder dar una variedad al repertorio, pero para llegar á este propósito se hace indispensable un poco de tiempo para organizar los trabajos y estudios sin que por esto se paralice el curso de las representaciones.»—Fíjate en las palabras subrayadas é interprétalas con cuidado.

El teatro del Príncipe ha estrenado la comedia *Las cañas se vuelven lanzas* del eminente Garcia Gutierrez; escuso decirte, por lo tanto, que la obra es muy buena, sus versos incomparables, sus situaciones magníficas etc. etc., que el autor fue llamado á la escena con entusiasmo y que los espectadores tuvieron un verdadero disgusto al anunciárseles la triste nueva de que estaba ausente. La mayoría de los actores perfectamente, aunque el señor Catalina, cortó los versos tan mal como

de costumbre. La compañía de este teatro es muy regular; figuran en ella la Alvarez, la Matilde y la Hijosa, los Catalinas y Fernandez.

Variedades ha representado con éxito por espacio de algunas noches la preciosísima comedia de don Enrique Cisneros titulada *El ramo de oliva*, con mucho éxito. Se anuncia para muy pronto la primer salida de Romea á las tablas, despues de su penosa enfermedad: el público la desea y de seguro saludará su venida con la mas cordial efusion.—La Palma, la Berroviano, la Diaz, Oltra, Morales y F. Romea, figuran en el cuadro de compañía; el resto, gente desconocida.

El *Circo* presenta en el cuadro de compañía nombres de cantantes tan aplaudidos como la Rivas, Enriqueta Toda, Sanz, Obregon Becerra y otros.—Ha estrenado algunas zarzuelas, la mayor parte insufribles; no se cuenta en este número *Una revancha* y *Cadenas de oro* que han gustado bastante.—Se ponen en escena muchas obras antiguas.—Enriqueta Toda sigue siendo una esperanza para la zarzuela, conquistándose innumerables laureles y simpatías; creo que con el tiempo nos hará creer que la Ramos ha resucitado.

Jovellanos tiene compañía de zarzuela y de declamacion; en la primera hay poca gente, en la segunda están los aplaudidos Rosa Tenorio, la Valverde, Guerra Mario y otros. Se representan muchas comedias, en las que declaman los zarzuelistas con un aplomo admirable; pronto veremos cantar á los actores en los coros de alguna zarzuela.

Novedades en donde actúan la Dardalla, la Rodriguez, la Raso y otras *celebridades contemporáneas* con los señores Dardalla, Pardiñas, (D. B.) etc., etc., ha estrenado con éxito *La profecía y Antaño y ogaño*; ¡AUDACES FORTUNA JUVAT! (no lo digo por los autores, aunque pudiera decirlo del de la primera obra que he citado.)

Ya creo que te he dado algunas noticias de todos los teatros. Pasemos á otra cosa.

Los *Campos Eliseos*, escandalosamente caros, abren sus puertas á todo el que paga; permiten *despeñarse* en la *Montaña Rusa* á todo el que paga; dejan que se embarque en la ría, que se pasee por los jardines, que to-

me café, que coma en la fonda, que tire á la pistola, que se columpie etc. etc. al que paga cada una de estas cosas.—¿Crees que me admira la necesidad de pagar? No dudo que no ¡estamos tan acostumbrados á ella! Lo que si me admira es el subido precio de todas las diversiones, cuya causa no es otra que la de ser únicos en su clase; si una nueva empresa, como he oido decir, plantea nuevos Campos Eliseos y hay competencia entre antiguos y modernos, ya verás que baratura.

Los circos de caballos han estado anunciando durante el último mes, una infinidad de *últimas funciones*. Creo que ya han dado la definitiva.

En la *Plaza de Toros* se verifican muy malas corridas, en sentir de los aficionados; sin embargo, la plaza se llena siempre que hay funcion ¡Cuando acabará en España esa maldita y sangrienta afición!

Los salones de bailes públicos han fijado ya sus carteles con los pomposos títulos *El guante de oro*, *La juventud española* etc. etc.—Se me olvidó decirte que en el salon de conciertos de los *Campos Eliseos* se dan los bailes mas desconcertados que puedes imaginarte; hasta con decirte, que no baila de oculto ni una sola pierna femenina.

Adios, queridísimo Clemente, esta carta-revista se ha hecho muy larga y no me queda, por ahora, otra noticia interesante que comunicarte; hasta la próxima se despide tu mejor amigo,

ROBERTO EL DIABLO.

ADVERTENCIA.

Suplicamos á los señores que nos remiten originales, se sirvan dirigirlos á la calle del Ave María, número 7, al director del *Semanario Popular*.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdidas de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo 63; y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Estranjero y Américas, en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.